

VII.

La primera discusion á donde nos llama la filosofía racionalista, es la universalidad de este principio en el sistema de la enseñanza: entremos, pues, en materia.

Dejo aparte desde luego una observacion que han hecho los más insignes escritores contra las ideas que dominan en la época presente. "Ins-truid á los pueblos, derramad entre ellos la mayor copia de luces, incorporadlos en las grandes discusiones filosóficas y políticas, y los hareis felices." He aquí el grito de la escuela progresista, que se ha figurado haber descubierto el secreto y conquistado el derecho de regenerar á la sociedad. Otra escuela menos presuntuosa, pero más discreta, más sábia y más prudente, ha visto en estos clamores el más completo extravío que ha podido sufrir la razon en materia de política: ella dice al contrario: "moralizad

los pueblos, y la sociedad será perfecta 1)." Dejemos á un lado esta célebre cuestion, para fijar el verdadero estado de la nuestra.

No se trata de sumar los artículos de dos enciclopedias para conceder la universalidad á la que dé una diferencia mayor sobre la otra: el principio teológico es univeasal, pero no enclopédico: tampoco se trata de ese cambiamento continuo de ideas y de formas, ni de esa esa estéril fecundidad de teorías nuevas que cada filósofo discurre para fijar de algun modo la atencion; la universalidad del principio teológico consiste en sus caracteres intrínsecos y esenciales; en lo especulativo es la verdad, en lo práctico la justicia en todo es la moral. Se trata de las relaciones directas é indirectas, es decir, científicas ó morales, que puede tener un principio con todos aquellos conocimientos teóricos y prácticos que se enderezan y encaminan á la perfeccion y al bienestar del género humano. Considerada la cuestion bajo este aspecto, decimos que el principio teológico es esencialmente universal, y cualquiera otro que le excluya, ha

(1) Véase la nota A puesta al fin.

de ser por precision limitado y particular: porque el principio teológico posee todos los elementos de la ciencia, posee todos los elementos de la conducta: cria y fecunda los conocimientos teóricos, perfecciona y moraliza los conocimientos prácticos, ilustra y ennoblece las letras y las artes. Si de aquí pasamos á otros aspectos bajo que puede considerarse esta universalidad, diremos, como un célebre escritor moderno que reúne todos los géneros de universalidad: "la de las personas, pues que el más simple y tosco le sienta con tanta plenitud, como el genio más profundo: la de las acciones, pues que no hay virtud que no prescriba, ni perfeccion que no aconseje, ni vicio que no condene, ni crimen que no castigue; la de las circunstancias, por último pues que sigue al hombre en las diversas vicisitudes de la vida, le hace llenar todos los deberes de su estado cualquiera que sea, gobierna sus pasos más secretos, penetra hasta la profundidad inaccesible de su pensamiento, é incapaz de quedar satisfecho con reprimir el pecado, prohíbe la voluntad, sofoca el deseo, y destierra hasta la idea del pecado (1)."

(1) LA LUZERNE. *Dissertation académique sur la nécessité de l'éducation religieuse.*

Yo pudiera, señores, comenzar el desarrollo de estas ideas desde ese teatro ignorado en que la religion, eligiendo los dulces ministerios de la ternura maternal, salva de antemano á los pueblos de la tremenda ruina á que tiende siempre á arrastrarlos la política revolucionaria. Señores, presiento con satisfaccion, que habeis sorprendido mi pensamiento; y ya vereis que aquí no hago otra cosa, sino aludir á vuestras más dulces y más caras experiencias. Sois padres, y cuando no lo seais todos, sois hijos tambien: los cuidados que prodigais y aquellos de que algun tiempo fuisteis el tierno objeto, altamente nos revelan que este principio teológico os ha manifestado por sentimiento y por accion su maravillosa universalidad desde la mañana de vuestra vida.

Y cuando el padre y la madre tienen que desprender ya de sus brazos al tierno niño, le colocan en las escuelas cristianas, con aquella noble seguridad que inspira esa unidad de sentimientos que solo la religion católica pudo establecer y es capaz de conservar entre los padres y los maestros. Yo veo, señores, uno de esos Estados felices á donde no han logrado penetrar los vapores malignos de la filosofía incrédula: observo

su extension: advierto que en una multitud de poblaciones más ó ménos numerosas, y á pesar de las diferencias que nacen de las localidades, de los caracteres y hasta de las circunstancias, millares de niños están recibiendo unas mismas ideas, unas mismas instrucciones, aprendiendo unas mismas verdades, cultivando unas mismas virtudes, siguiendo unas mismas prácticas, y contrayendo por sentimiento una necesidad imperiosa de someterse al principio de la unidad, sin la cual no puede haber ni una razon perfecta, ni una virtud habitual, ni un individuo feliz, ni una sociedad bien establecida.

¿Es esta la obra de la filosofía racionalista? La filosofía racionalista es la razon independiente, y la razon independiente es la sociedad anárquica: No, señores, esta es la obra de un concierto que solo el cristianismo pasee; es el resultado de una concordia fiel entre la razon y la fé, entre la voluntad y la gracia; y este concierto y esta concordia, son obra, como sabeis, del principio teológico, que así desarrolla las primeras facultades del niño, como madura la razon del hombre, civiliza los pueblos, y dirige, sostiene, conserva y perfecciona la sociedad. Hé aquí por qué todos los designios, todos los proyectos

y todas las empresas de las escuelas que no giran dentro de la órbita católica, se han estrellado constantemente en mil secretos ú ostensibles escollos, han sido el juguete de todos los obstáculos, y no han podido jamás reunir en favor suyo el voto de la sociedad. ¿Cómo reunirlo? De ningún modo, si no ha de contarse, como elementos directivos y conservadores, con los principios, los medios y las prácticas de la Iglesia; si no se ha de intimar, digámoslo así, la familia con la sociedad en la grande obra de la educacion pública. “En todos los tiempos la familia debe hallarse presente á la educacion por su influencia, dice Laurentie; y por esto la religion, que es el único vínculo de la gran familia humana, es la única que puede representar en la educacion comun este derecho primitivo de la educacion natural. Si la religion no recibe de vuestros brazos al niño cuya educacion os es imposible dirigir por vosotros mismos, os vereis en el indispensable caso de abandonarle indefenso á las iniciaciones peligrosísimas, por lo comun de la ciencia humana..... La civilizacion nace de la disposicion de los hombres á poner en comun sus bienes y sus males, y esta disposicion feliz solo puede ser inspirada por la religion. Infiérese de aquí, que la instruccion del pueblo es la educacion que éste

recibe de la religion: unid á ella la ciencia propia que demandan las condiciones varias de la vida social, y luego dejad formar el genio de cada hombre. En este caso habreis hecho bastante por las luces, y habreis hecho mucho más por el bienestar de la sociedad (1)."

El primer triunfo pues de la universalidad de este principio brilla sin sombras en la instruccion moral y política de las masas, esa instruccion cuyo secreto solo posee la religion, la cual, haciendo caminar al mismo paso sus lecciones y sus prácticas, produce al mismo tiempo esos conocimientos y esos hábitos comunes, que reducidos á la expresion de dos palabras, se representan en el buen sentido y en las costumbres de los pueblos.

¿Pero queremos hablar de las ciencias? Nuestro principio no esquivo tampoco aquí la discusion: es el único que posee la clave de todos los conocimientos humanos, y el secreto de relacionarlos todos con los destinos del individuo y de

(1) ART. EDUCATION. *Dictionnaire de la conversation et de la lecture.*

la sociedad: universalidad, señores, que no ha tenido, ni tiene, ni tendrá en todos los siglos escuela ninguna de las que no estén sometidas á la influencia del catolicismo.

Todas las ciencias serian siempre efímeras sin un apoyo histórico; mas este apoyo no se los puede dar sola la razon: le tienen, es verdad; pero le han recibido de la escuela católica. Todo género de conocimientos serán siempre muy imperfectos, si no están colocados en una línea comun de relaciones científicas, y serán siempre fútiles y absolutamente estériles, si no tienden á la perfeccion del hombre, al orden de la sociedad y al bienestar de toda la especie humana. Existen estas relaciones, se refunden en un gran pensamiento, llevan la ciencia á sus fines; pero de esto serán siempre deudoras las ciencias al gran principio intelectual y moral que vemos al frente de las instituciones católicas.

El punto histórico indica al mismo tiempo que la causa, el origen y el destino de cada existencia. Esto no puede hacerlo la razon: porque si ella es capaz de comprender poco ó mucho de lo que existe, nada puede crear, dígase lo que se quiera, y por consiguiente su impotencia histórica es un hecho que no exige demostracion.

Luego las escuelas puramente racionalistas no pueden sacar nunca de su propio fondo la basa de una sola ciencia: sus varios sistemas sobre Dios, el mundo y su naturaleza, sobre el hombre y sus destinos, sobre el bien y el mal, sobre la sociedad y sus condiciones, etc., etc., han venido á ser, ó un argumento de la fragilidad humana, ó una demostracion contra la posibilidad de la unidad filosófica, ó la parte cómica y ridícula de la historia del entendimiento humano.

Al contrario sucede con nosotros, "que en nuestros principios católicos, dice un historiador de nuestros dias, no dejamos ninguna de estas graves cuestiones indecisas: todo está explicado, coordinado, encañonado, sin variacion ninguna, de la manera más á propósito para presentar un cuadro completo, al cual no falte nada."

"Nuestras doctrinas religiosas no son, en sustancia, sino el desenvolvimiento de todos estos puntos capitales: ellas ofrecen en su conjunto el aspecto de un árbol magnífico cuyos brazos van siempre estendiéndose, sin que ninguno, ni aun el más pequeño, esté separado del tronco. Estos brazos, admirablemente ligados entre sí, descienden hasta la raiz, de donde sacan su vida

comun. No de otra manera nosotros, remontándonos desde las últimas conclusiones católicas hasta sus premisas, y de aquí á los principios superiores, llegamos, por una cadena no interrumpida, hasta las primitivas é invariables verdades en que descansa el edificio entero, como en una basa inamovible. Nada puede ser más satisfactorio para el espíritu, y al mismo tiempo para el corazon. Así permanecemos en una calma perfecta, entre las agitaciones intelectuales que por todas partes nos rodean (1)."

¿A dónde iria, señores, nuestra razon á parar, si desdeñando las brillantes luces de la fé y los fuertes y robustos apoyos de la autoridad católica, pretendéis descubrir el origen y el destino de cada cosa, y apoderarse de esta cadena invisible de procedimientos, que eslabonándose en estos dos extremos de cuanto existe, presentan el orden científico y moral de todo aquello que, creado, establecido ó revelado, cae bajo las miradas, la accion ó el dominio de la inteligencia? ¿Se trata del hombre? de la familia? del gobierno? ¿Se

(1) BOUVIER. *Histoire abrégée de la philosophie.*
Tomo II. Conclusion.

trata de Dios? de su naturaleza? de sus arbitrios? de sus relaciones con la humanidad? ¿Se trata del mundo físico? de la variedad de sus objetos? del origen de sus fenómenos? de sus relaciones entre su causa y su destino? ¿Se trata, por último, de la palabra, luz del mundo moral, vínculo de la sociedad, depósito de todas las verdades, de todas las leyes, de todos los acontecimientos, como la llama Bonald, de ese instrumento, digo, que regla al hombre, ordena la sociedad y explica el universo? Cerrad el Génesis, cerrad nuestros libros católicos, y buscad en buena hora los primeros datos de donde hayais de partir, y los recursos con que habeis de contar, y la luz que ha de conducirnos en tan difíciles como importantes investigaciones. Abrid, si quereis, á Herodoto, hojead los Fastos; leed la Metamórfosis; embelesaos con las bellas ficciones de la Mitología pagana; id á la Academia, entrad al Pórtico, visitad el Liceo; conversad con Thales de Mileto, con Pitágoras ó con el divino Platon; profundizad cuanto querais el libro de la naturaleza de las cosas, el de la naturaleza de los Dioses ó el de los deberes; en suma, reunid en un foco todas las luces de la sabia antigüedad. ¿Qué habreis conseguido? Brillantes quimeras, fábulas especiosas; por donde quiera impostura; supersticion,

ignorancia, errores: de manera, que podria decirse, que el primer filósofo de Atenas juzgó definitivamente la filosofía del gentilismo, cuando manifestó, que lo único que sabia era que todo lo ignoraba. No, la antigüedad nada os presenta definitivo en las cuestiones de la ciencia; nada consecuente en el sistema de la conducta; nada seguro y fijo en la constitucion de la sociedad.

El mundo debia salir del caos, porque, dígase lo que se quiera, estaba sentado á las sombras de la muerte. Salió en efecto, mas por haber brillado sobre él la luz del Verbo, como sobre un teatro de tinieblas. Luz divina y humana al mismo tiempo, como Dios y hombre el que la difundia, de un golpe regeneró el entendimiento, y al mismo tiempo dió el calor de la vida al corazon.

“Las ciencias, dice Chateaubriand, hechas es-
“tacionarias en todo la antigüedad, han recibido
“un impulso rápido de ese espíritu apostólico y
“renovador que apresuró el desmoronamiento
“del viejo mundo, al paso que todos los pueblos
“donde ha dejado de existir el cristianismo, han
“visto aparecer de nuevo la esclavitud y la ig-
“norancia (1).”

(1) *Discours prononcé le 10 mars 1829 devant le Con-
clave.*

Y ¿seréis más felices, pasando á las sectas filosóficas de la edad moderna? Decidme, pues, ¿cuál época histórica puede señalarse aquí, que nos presente el fenómeno siempre ambicionado y nunca conseguido de una escuela que reúna todos los espíritus, que someta todas las opiniones, que termine todas las diferencias, que haya dado solución á todos los problemas de la ciencia y de la sociedad, que haya erigido sobre basas sólidas una institución duradera, que haya sometido á todos los sabios y también á los pueblos, que haya pasado sin inconvenientes por algunas generaciones, que no se haya visto reducida á la necesidad indispensable de correr junta con otras muchas que le disputan la palma, de morir para la acción, quedando viva solo para la historia, y de ceder el campo á nuevas escuelas, nuevos sistemas y nuevas imposiciones? Decidme siquiera, señores, si podriais trazar una especie de mapa-mundi filosófico, que nos presentase en la variedad del pensamiento la unidad del designio, y que por la natural concatenación de las ideas hiciera menos laboriosa para nuestra memoria la historia de la filosofía moderna. La verdad es una, porque solo una recta puede tirarse entre dos puntos dados; pero el error es indefinidamente múltiple, porque

infinitas curvas pueden tirarse entre dos puntos. Los filósofos modernos, en aquellas partes en que han querido obrar con independencia de la fé traspasando los límites naturales de la razón humana, no han hecho más que parodiar, ó reproducir de una manera más monstruosa, toda la sofistería del paganismo; y no se borrará, ni con el trascurso de los siglos, la inmunda y pestilente mancha que echó sobre el siglo XVIII la filosofía incrédula, cuando huyendo del Dios vivo, quiso llenar el inmenso vacío, deificando á la razón humana en sus estatuas de piedra.

Causa lástima ver á la filosofía empeñada en creerlo todo, realizando á cada paso el parto de los montes, y sorprendiendo al mundo, no ménos con la énfasis arrogante y soberbia de sus promesas, que con la mezquindad y el ridículo de sus obras. Todo lo emprende, todo intenta explicarlo, y en este punto es preciso convenir en que su universalidad no tiene límites. Preguntadla por el origen del lenguaje, y si lo consentís, os herá pasar los días y las noches entretenidos con la lectura de sus novelas ideológicas: consultadla sobre las armonías divinas y las relaciones morales del mundo físico, y se reirá de vuestro candor; si no es que, volviéndoos las espaldas,

os despache con los poetas: habládla del espíritu, de sus potencias y facultades, de las ideas, de su origen y combinacion, de la voluntad y sus actos, de la libertad y sus efectos, de la moralidad y sus reglas, y en el instante os sentireis embestido por muchas y diversas partes, solicitado por las teorías más opuestas: y grande será vuestro esfuerzo para volver á la calma de vuestra razon y de vuestra crítica, despues de haber pasado la revista de tantos sistemas, y presenciado la pugna eléctrica de tantos partidarios filósofos. ¿Y la política? ¡Oh! deteneos: porque aquí es preciso hacer una grave pausa, para presenciar la obra maestra de la filosofía de que tratamos. Atended: todo se explica aquí y de una manera llana. Los hombres fueron al principio una porcion de *cuadrúpedos*, y la sociedad semejante á las reuniones de castores ú orangutanes. Los hombres pensaban, pero no sabian hablar; mas cuando la filosofía rompió las trabas de su lengua, vió con sorpresa que hablaban, pero no sabian pensar. Mas entretanto ella, como una sábia y tierna nodriza, no los abandonó un instante, hasta que los hubo imbuido en los elementos de la Lógica. Estos servicios importantes eran ya mucho para la comunicacion recíproca; pero faltaba todavía la

parte más difícil: era necesario organizar la sociedad y constituir el gobierno. Esto parece tan imposible á primera vista, como la invencion de las lenguas, porque segun ciertos filósofos, los hombres eran naturalmente amigos de la guerra, y esta naturaleza belicosa pugnaba esencialmente con el carácter pacífico de unas instituciones. La filosofía tenia aquí una obra grande que acometer, y puesta en la alternativa de quedarse arrinconada, ó de crearse partidarios teóricos y agentes prácticos, se decidió por el último extremo, no sin grandes dificultades, que la hubieran hecho retroceder, si no hubiese llegado á su apogeo en la época misma en que ya se decidían á pluralidad de votos las más graves cuestiones de las ciencias. Felizmente, pues, para ella, logró poner la ciencia del gobierno al alcance de todos reduciéndola á un simple contrato de *locacion conduccion*, y multiplicar los agentes, diciendo al pueblo que era *soberano*, y haciendo entender á los políticos que la soberanía del pueblo era el más precioso elemento para tiranizarle, y el recurso más fecundo para perpetuar en la sociedad las revoluciones civiles y las épocas de transicion: únicos medios para obtener la boga sin conocimientos, para subir á los honores sin mérito, pasar una vida opulen-

ta sin patrimonio, y ejercer sin título la noble misión de la magistratura política y civil.

No vayamos adelante: dejemos aquí esta carrera indefinida de progreso, por donde la filosofía mal entendida quiere arrastrarnos al abismo y volviendo á nuestros colegios eclesiásticos. recordemos que los estudios comunes, por donde es preciso pasar á las profesiones especiales, lejos de hallarse excluidos del principio teológico, renacieron bajo su influencia, y han hecho progresos no interrumpidos mediante sus aplicaciones especiales. No nos empeñemos por lo mismo, en probar, que casi á la Iglesia se debe exclusivamente el cultivo de las lenguas sábias, y que no ha tenido la menor parte en la perfección de los idiomas vulgares; que la verdadera Ideología está mejor comprendida y más bien aplicada en la escuela católica, que en cualquiera de las otras; que la comun y la alta Metafísica, esta ciencia noble y fundamental que ha vuelto la zabeza á cuantos filósofos han pretendido crearla, convirtiéndola por lo mismo en series metódicas de conjeturas, y que ha hundido en el fango del materialismo á otros filósofos menos constantes ó más desesperados, presenta en la escuela católica verdades reconocidas, principios

seguros y consecuencias infalibles; que la moral es un objeto preferente para nuestros colegios, y que no se la debe buscar fuera de la Iglesia.

Tampoco me esforzaré en demostraros, que la Historia, la Cronología y la Geografía se reconocen en la Iglesia, como estudios de la primera importancia, y que sin sus libros canónicos y los trabajos inapreciables de sus sábios, estarían hoy rotas las relaciones tradicionales y monumentales que existen en las épocas más notables del mundo. No me detengo, repito, en estas cosas, porque tampoco me persuado que á tanto llegue la mezquindad de nuestros progresistas, que nos rehusen las relaciones existentes entre todos estos estudios y el objeto y fin de nuestros establecimientos eclesiásticos. Verdad es, que murmuran un tanto cuanto sobre tales puntos; pero también es cierto, que su atención se fija preferentemente en las ciencias físicas, en los conocimientos políticos, y en los estudios literarios. Ciñéndome pues á éstas tres cosas, permitidme, señores, que os manifieste, aunque muy de paso, la influencia que en la perfección de estos ramos ha ejercido y debe ejercer indispensablemente el gran principio que preside á los establecimientos eclesiásticos.